

**Equador**
2007

ECU-02: Cuando volaron las semillas: una historia de espionaje botánico

Nicolás Cuví Revista Ecuador Terra Incognita - Quito novembro 2006

Hacia el verano de 1860 reina la intranquilidad en los Andes ecuatorianos. Tropas y milicianos van de una guerra a otra. Generales rebeldes, conspiraciones, golpes, autogolpes y un conflicto con el Perú son la razón de tal agitación.

Campesinos, negros, indios y mestizos son alistados para defender una nación que ni conocen. La situación de la joven república es crítica y de eso se aprovechan los extranjeros.

El asunto lleva por lo menos un año y ha comenzado por una cuantiosa deuda que el Ecuador tiene con los ingleses. Se ha acordado pagar una parte con dinero y el saldo mediante la concesión, a compañías inglesas, de miles de hectáreas en Esmeraldas, Zamora, Cañar, Guayas... Pero el Perú no acepta tal negociación pues considera suyos algunos de estos territorios.

Y por eso la marina peruana ha bloqueado el puerto de Guayaquil, desencadenando una situación caótica. Ecuador difícilmente puede defenderse, no solo por su inferioridad militar, sino por su fragmentación interna. Terratenientes y poderosos, más que preocupados por el país, lo están por sus bienes sin importar quién gobierne. Varios presidentes han sido proclamados en Quito, Guayaquil, Cuenca, Loja... Se suceden los combates, revueltas y alianzas. Tal es la confusión que en un momento el país ha contado con cinco gobiernos simultáneos. El territorio hierve de hombres armados y disgustados.

Y en medio de esta situación se mueve con cautela un extranjero residente en Ambato hace algunos meses: el botánico inglés Richard Spruce.

La conspiración del botánico

Spruce no está en el Ecuador para sacar tajada, como muchos compatriotas suyos, de las posibles concesiones territoriales. No es oro lo que busca. Más bien, el botánico aventurero recoge plantas que luego vende a coleccionistas europeos. La flora americana está de moda y no faltan compradores. Spruce ha viajado por la Amazonía durante varios años dedicado a ese negocio, y ha llegado a Ambato tras una tormentosa ascensión, a pie, desde la llanura amazónica hasta Baños.

Spruce mantiene buena amistad con varios ingleses y estadounidenses residentes en el Ecuador, especialmente en Ambato, Riobamba y Quito. Uno de ellos es el cónsul británico en Quito, con quien conversa sobre un árbol, la cascarilla o quina, de cuya corteza se extrae el remedio preferido por los europeos para prevenir y curar la malaria: la quinina. El diplomático cuenta a Spruce de las crecientes necesidades de quinina para mantener la salud de ejércitos y ciudadanos ingleses en Asia, África y América, enfatizando el problema del creciente costo del medicamento.

Si los británicos quieren consolidar su poder en India, conquistar territorios en América y adueñarse del continente africano, necesitan tres cosas: buenos barcos para dominar los ríos y el mar, armas eficaces para someter a los nativos y a los otros poderes europeos, y quinina para mantener sanos a los soldados.

El botánico apoya el expansionismo británico y por eso el cónsul lo empuja hacia un rincón. Allí le susurra que los británicos planean hace años contrabandear semillas y plantas de quina de los Andes para establecer plantaciones en la India. Él mismo ha recogido semillas pero son insuficientes. El gobierno solo espera -añade-

el momento oportuno, como una crisis política, para pescar a río revuelto.

Y el momento está muy cerca en el Ecuador, donde las señales de la guerra se respiran en el aire: reclutamientos, personas que huyen a los bosques, extorsiones, escasez de provisiones... Como describe Spruce a sus amigos: "Estas repúblicas españolas [sic] probablemente pasarán la vida peleando unas con otras hasta que no quede nada de ellas; y entonces habrá un Jonathan que entrará en la escena y hará presa fácil de sus restos lacerados".

La conversación con el cónsul ha sido decisiva. Ilusionado por obtener un trabajo medianamente estable, Spruce escribe de inmediato a Inglaterra solicitando trabajar en el contrabando de la quina y argumentando a su favor el conocimiento de las plantas, el terreno y el idioma. La respuesta tarda meses, pero a comienzos de 1859 el botánico es nombrado jefe de la misión en el Ecuador (pues había otras dos: al sur del Perú y Bolivia, y al norte del Perú). Ganará menos dinero que en otras ocasiones pero le atrae el prestigio de participar en una misión oficial.

En Inglaterra todo está bien planeado desde el cuartel general: Kew Gardens. Para los británicos no es una operación nueva: poco antes han robado el té de China, destruyendo así el monopolio de aquel imperio.

Una misión arriesgada

La misión de Spruce es obtener dos especies: la cascarilla de Loja y la cascarilla roja. Debe buscar las semillas voladoras entre junio y setiembre, y cosecharlas antes de que sus alas las dispersen por los bosques. Debe hacerlo a tiempo o esperar otra temporada.

La misión se realizará el año siguiente, pero en el verano de 1859 Spruce ya se dirige a los alrededores de Riobamba y Alausí para familiarizarse con las quininas y las formas de obtener sus semillas. Camina durante largas jornadas combatiendo el frío, el calor, los mosquitos y el agotamiento.

Finalmente, gracias a su experimentado guía local, localiza varios árboles de cascarilla roja, pero ha de volver a Ambato pues las guerras -sus supuestas aliadas- también amenazan su bienestar. Como contaría a sus amigos: "Me vi obligado a avanzar casi al paso de las bestias porque la situación política del país y el número de desertores del ejército 'constitucional' que deambulaban por la Sierra me impedía que dejara por un momento mis pertenencias". No se equivocaba, pues a fines de 1859 fue saqueada Riobamba.

Pero su decisión es afortunada no solo porque salvaguarda sus pertenencias, sino porque en los meses siguientes averigua que la mejor cascarilla roja está en las laderas occidentales del volcán Chimborazo. Se trata de dos haciendas cuyos dueños son la iglesia católica y el conocido político Juan José Flores. Ambas están alquiladas, y Spruce contacta con los respectivos arrendatarios: Francisco Neyra, notario de Ambato, y un señor de apellido Cordovez residente en la misma ciudad.

Spruce solicita alquilar las haciendas y recibe la negativa de rigor. Pero el inglés conoce el valor del dinero e insiste hasta acordar un precio. Finalmente, cierra el trato con 400 dólares que recibe del consulado británico en Guayaquil. La negociación ha sido difícil -escribe- y añade que lo ha logrado "después de enviar diez veces más correspondencia que en cualquier país civilizado".

Sin embargo, los acontecimientos se dan a su favor. El notario Neyra, que una vez cerrado el trato se ha vuelto más abierto, le ofrece los servicios de sus cascarilleros, cuidadores y conocedores de la quina. Al mismo tiempo, éstos vigilarán que el inglés cumpla su parte, pues solo tiene permiso para coleccionar semillas y la obligación de dejar intactos los troncos. ¡Tan preocupado está por el dinero, y es tan ignorante, que no se percata que las semillas valen más que todos los árboles!

Y así, en junio de 1860 da comienzo la expedición de Spruce hacia las tierras bajas del Chimborazo. Va acompañado de James Taylor, inglés residente en Riobamba hace treinta años, casado con la viuda de un general de los ejércitos de Simón Bolívar, y ex-médico personal del por entonces exiliado en Lima, Juan José Flores.

En su camino hacia las tierras de la cascarilla roja pasan por los arenales del Chimborazo, descienden por senderos de vértigo en el bosque de nubes y llegan hasta el que será su caluroso y húmedo campamento: Limón. La travesía no es fácil, menos para Spruce que padece una extraña enfermedad. Sin embargo, su sufrimiento corporal no le impide maravillarse del paisaje, como consignó en su informe sobre la misión y en cartas a sus amigos editadas en el libro *Notas de un botánico en el Amazonas y los Andes*.

En su precario centro de operaciones los contrabandistas solo deben esperar que las semillas estén listas para ser cosechadas, y la llegada del jardinero Robert Cross, encargado de hacer germinar algunas plantas y transportarlas por alta mar. Mientras esperan, Spruce marca árboles y recibe escuetas noticias sobre las guerras civiles y la guerra con el Perú.

Spruce y Taylor concuerdan en que la confusión es ideal para su misión, aunque también a veces la ponga en peligro. Durante seis semanas deben cuidar mucho sus bienes pues bajan tropas de Chimborazo para atacar Guayaquil. Asimismo, no pueden enviar a sus guías por provisiones pues serían reclutados, por lo que el mismo Taylor sube a Guaranda para reabastecerse.

El caos nacional e internacional les favorece pero deben darse prisa antes que las repúblicas suramericanas perciban la magnitud del negocio. Deben evitar encuentros fortuitos con bandos armados y llevar cuanto antes las plantas y semillas de quina a bordo de algún barco inglés.

La buena estrella del jardinero

En Limón los campesinos se han enterado que los ingleses buscan semillas de cascarilla y cosechan varios árboles para vendérselas. Al enterarse, Spruce se tira de los pelos y toma una decisión preventiva: pagarles para que vigilen que nadie toque los árboles. Les dice que solo servirán las semillas si las colecta él mismo; así se asegura que solo serán recogidas en el momento propicio.

Otro día el inglés encuentra enfermos de malaria y les sugiere que tomen cascarilla. Éstos se ríen en su cara: según ellos la quina es para hacer tintes y el inglés miente. Saben -o mejor dicho, creen saber- que el extranjero jamás les dará la receta del tinte y que trata de engañarlos. Spruce se desentiende de tal ignorancia y cerrazón y se concentra en su trabajo, que consiste en coleccionar otras plantas para sus negocios personales (en realidad, la quina también sirve para elaborar tintes y dar sabor a licores como el vermouth; pero su uso más popular es para prevenir y tratar el paludismo).

En agosto las semillas están listas y con ayuda de sus guías Spruce cosecha miles. Para entonces ya ha llegado el jardinero tras una larga enfermedad en Guayaquil y un penoso viaje hasta Limón. Ha preparado un vivero y en poco tiempo germinan cientos de plantas que cuida con esmero: les habla, protege y riega con agua traída desde un arroyo lejano. Es un tierno agente del imperio.

Las cosas marchan según el plan hasta que una noticia llega a oídos de Spruce: el general Flores ha capturado Guayaquil. Eso significa que las comunicaciones mejorarán y será más fácil desplazarse. Aliviado por el cambio de situación pero temeroso de que estropee sus planes, viaja al puerto. Lleva miles de semillas secas que envía fuera del país sin que nadie le interpele, detenga o critique. Es octubre de 1860 y el Ecuador continúa militarizado: son otras las preocupaciones.

En parte tranquilo, Spruce deja pasar un mes y medio, tiempo necesario para que las plantitas de Cross estén listas para el viaje transoceánico. Entonces rehace el camino hacia Limón y en el punto navegable más cercano a esa localidad, Aguacatal, alquila una gran balsa y espera. Unos días después el jardinero arriba con unas cajas de bambú; dentro hay más de 600 plantitas. Entre ambos las trasladan a unas cajas especiales, como terrarios, y emprenden la peligrosa ruta fluvial a Guayaquil. Es diciembre y ha comenzado a llover; los ríos crecen deprisa. En más de una ocasión están a punto de naufragar, cuando se estrellan contra la maleza de las orillas. Sus cuerpos están llenos de heridas pero salvan las dificultades.

Aquel fin de 1860 Guayaquil es un fortín estratégico bajo el mando de Gabriel García Moreno. Tropas van y vienen, atentas a incursiones de grupos armados desde dentro o fuera del territorio nacional. Todo es sospechoso menos un par de ingleses con unas cajas de plantas.

Y así, irónicamente al amparo de una ciudad fortificada, Cross se embarca con las plantas y semillas de quina el 31 de diciembre en el vapor Pacific, rumbo a Lima, Panamá e Inglaterra. Nadie dice nada, nadie critica, nadie protesta.

El 2 de enero el barco deja la bahía; ha comenzado el fin del comercio de cascarilla en el Ecuador y todos los Andes.

Algunos años después...

Han pasado veinte años y las plantas de cascarilla roja obtenidas por Spruce y Cross en las faldas del

Chimborazo prosperan en las montañas de India. Sucede lo mismo en la isla de Java, colonia holandesa, donde por contrabando se ha obtenido semillas de otra especie de quina: la famosa calisaya boliviana.

En 1860, cuando el botánico y el jardinero estuvieron en Limón, ingleses y holandeses compraban a los países andinos cortezas de quina. Pero en 1880 el imperio británico es prácticamente autosuficiente y los holandeses producen quina de tan buena calidad y bajo costo que en poco tiempo monopolizará el mercado mundial. Las naciones andinas están quebradas y se han convertido en compradoras de sales de quinina. Los cascarilleros han de buscar otro negocio.

En cuanto a Spruce, permanece otros tres años colectando plantas en la costa del Ecuador y el Perú antes de regresar a Inglaterra. Pasa a la historia por su protagonismo en el robo de la quina, pero también por su récord como botánico: viajó miles de kilómetros por ríos y caminos amazónicos y andinos; colectó cerca de 30 000 plantas, incluyendo unas dos mil nuevas para la ciencia. Y además reunió la colección más completa de musgos del mundo.

En el Ecuador los enfrentamientos se calman pocos meses después que Cross zarpara con las plantas y semillas. García Moreno es elegido presidente constitucional en abril de 1861 y uno de sus primeros actos es prohibir a los extranjeros exportar plantas y colectar semillas, e imponer a los cascarilleros que planten seis árboles de quina alrededor de cada árbol cosechado (medida que, como tantas otras, no es acatada). También prohíbe la exportación de cascarilla, diciendo que la quinina debe manufacturarse en el país.

Robert Cross, tras dejar bien encaminado su trabajo en Inglaterra, regresa al Ecuador para completar la misión con un encargo olvidado: la cascarilla lojana. Ascende a Cajanuma, la famosa montaña de las quininas y en diciembre de 1861 zarpa desde Guayaquil con cerca de 100 000 semillas. Nadie lo detiene, nadie critica. Nadie sabe nada; nadie ha visto nada.

No es su último contrabando. El jardinero imperial volverá a las tierras de la quina tres veces más, a Colombia, de donde sacará semillas de otras especies.

El destino de las quininas del Perú y Bolivia fue similar. Los ingleses obviaron las leyes que prohibían su exportación. De eso se trata el espionaje; claro, con la complicidad de personajes locales dispuestos a hacer la vista gorda para su enriquecimiento personal.

La pregunta que surge es, ¿han entendido las élites, en el siglo y medio que nos separa de esta historia, la importancia de los recursos naturales y de su conocimiento? Pienso en siglas como ALCA, TLC, GATT, TRIP..., en las legiones de biopiratas que nos visitan a guisa de científicos y turistas, en la compleja maraña de vínculos entre organizaciones conservacionistas, agencias gubernamentales, la industria petrolera y las multinacionales agrícolas y farmacéuticas. Basta constatar el auge de patentes de organismos tropicales en los Estados Unidos para concluir: todavía hoy la puerta sigue abierta como lo estuvo para Cross y Spruce.